



El desenlace de la trilogía
El sermón de fuego

LA NAVE ETERNA

FRANCESCA HAIG

minotauro

FRANCESCA HAIG

LA NAVE
ETERNA

minotauro

Título original: *The Forever Ship*
The Fire Sermon, Book 3

Primera edición: enero de 2018

© 2017, De Tores Ltd. f/s/o Francesca Haig

© Traducción de Simon Saito, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0502-6

Depósito legal: B. 28.763-2017

Preimpresión: Medium

Impresión: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Deja de mirarme así —dijo Paloma.
—¿Así cómo? —pregunté yo.

Me volví de nuevo hacia el fuego y el humo me obligó a parpadear. No podía negar que había estado mirándola fijamente. La observaba a todas horas. A veces me despertaba y casi esperaba que se hubiera marchado, que nunca hubiese aparecido, o deseaba que nunca hubiera sido nada más que una figura inventada por nuestra nostalgia de Otraparte.

Pero había aparecido: pálida, como alguien vislumbrado a través de la niebla. No era rubia a la manera de Crispin o Elsa, cuyo cabello parecía de oro, ni tenía su piel sonrosada. El pelo de Paloma era tan rubio que casi parecía gris, como los restos de un naufragio, como si se lo lavara en la playa en lugar de hacerlo a bordo de la *Rosalind*. Tenía la piel lechosa y unos ojos de un azul tan pálido que casi parecían incoloros.

—Como si fuera un fantasma —respondió Paloma. Se inclinó para atizar el fuego.

La miré a los ojos.

—Lo siento —dije.

Ella agitó una mano en el aire para darme a entender que mi disculpa era innecesaria.

—No es culpa tuya. Todos hacéis lo mismo.

No le faltaba razón. Cuando encontramos la *Rosalind*, en los pocos días que había pasado a bordo me había percatado de cómo

incluso los marineros que navegaban con Paloma desde hacía varios meses todavía interrumpían sus conversaciones cuando ella pasaba a su lado y seguían sus movimientos con el rabillo del ojo mientras trabajaban en las reparaciones de la embarcación. Piper y Zoe también la observaban. Y desde que habíamos abandonado la nave y enfilado tierra adentro en dirección a Nuevo Hobart, Paloma me sorprendía mirándola muy a menudo. Era la confirmación en carne y hueso de un rumor. Una persona de Otraparte. Una persona sin una gemela. Esas dos ideas eran tan inconcebibles que resultaba turbador cuando la veías sacándose una espina de entre los dientes o limpiándose las uñas con la punta de la daga; eran unas actividades cotidianas y yo no estaba preparada para que Paloma fuera tan real.

—Solo sentimos curiosidad —me justifiqué.

—Ya lo sé —repuso ella, con un acento que daba una pronunciación nueva a palabras conocidas.

Ella también sentía curiosidad. Mientras charlábamos, observaba a Piper y a Zoe, que estaban arreglando una cantimplora a poca distancia del fuego con un pegamento que Zoe había preparado con resina, que había calentado sobre el fuego hasta que un penetrante aroma a pino impregnó todo el claro. Paloma los miraba mientras Zoe mantenía extendido el cuero de la cantimplora sobre el suelo y Piper aplicaba la cola.

—Cuando veo juntos a esos dos —dijo, señalando a Piper y a Zoe—, tengo la impresión de que estoy viendo la escena descrita en una canción de los bardos. Cuenta una historia tan vieja que ni siquiera se sabe si fue real.

Estábamos sentadas juntas en el suelo, cerca del fuego, mirándonos a través de un golfo más extenso que los kilómetros de mar que separaban ese lugar de nuestro hogar. Ella sin gemelo y yo con él, ambas encarnábamos un mito del otro.

Los primeros días del viaje tierra adentro habían sido duros; la copiosa nieve acumulada en los pasos montañosos se convertía en un grisáceo barrizal de nieve medio derretida en las pendientes. Ya habíamos dejado atrás las montañas del Espinazo y el

suelo había absorbido la nieve. Amanecía más temprano y por la noche el sol rehusaba descender y se perpetuaba en el horizonte antes de desaparecer detrás de las montañas rodeado por una niebla rojiza. La primavera se acercaba.

Cuando era niña esperaba con ansia la primavera. Significaba el fin del frío y de las inundaciones anuales de los valles. Significaba que faltaba menos para el verano, para bañarse en el río con Zach y pasar los largos días al aire libre y lejos del escrutinio de los padres.

Sin embargo, ahora se habían producido demasiados cambios, y muy rápidamente. Los tanques. La bomba. Otraparte. Paloma. El comienzo de esta primavera (las flores silvestres que devolvían el color al paisaje, los tallos espinosos de los cardos que brotaban de la tierra) solo traía consigo el miedo a lo que vendría después.

Paloma seguía observando a Zoe y a Piper.

—Mi abuela aseguraba que había visto hermanos gemelos —dijo Paloma.

—¿En Otraparte?

—No se llama Otraparte —rezongó. Ya me había corregido varias veces y yo sabía que allí llamaban al lugar las islas Dispersas, pero era difícil cambiar las costumbres—. Da igual —continuó—. Allí no han nacido gemelos desde hace siglos. Salvo en alguna isla del norte. Nuestras expediciones no los encontraron hasta hace un siglo, así que no consiguieron el tratamiento hasta entonces. Allí hay personas que afirman recordar haber visto gemelos. Mi abuela se crio allí. Decía que su madre tenía una hermana gemela, pero no sé si era verdad. —Se encogió de hombros levemente—. Mi abuela siempre tuvo algo de cuentista.

Solo viajábamos cuatro en dirección sureste, hacia Nuevo Hobart: Piper, Zoe, Paloma y yo. Thomas y su tripulación se habían quedado en la costa con la *Rosalind*, para continuar con las reparaciones y mantener el barco fuera de la vista de las patrulleras de la flota del Consejo.

Todas las noches, sentados alrededor del fuego, colmábamos a Paloma con preguntas como si fueran ofrendas. Ella las res-

pondría lo mejor que podía, pero siempre que la interrogábamos sobre cómo habían puesto fin al hermanamiento gemelar se quedaba sin palabras.

—Ignoro los detalles de su funcionamiento —decía—. Los médicos se ocupan de todas esas cosas. Nadie más lo tiene permitido. Ellos van por ahí administrando el medicamento: una inyección a todos los recién nacidos y una dosis de refuerzo al cumplir los doce años a todas las personas que están fuera de las islas, donde la radiación es peor.

»Y ya ves... —Bajó la mirada a su pierna derecha, truncada a la altura de la rodilla— todos tenemos alguna cosa así. Se acabaron los gemelos. Ya no hay nadie como tú —añadió, señalando a Zoe. Sus ojos reflejaban una curiosidad franca mientras los miraba a ella y a su cuerpo perfecto: alfa.

Hubo que pagar un precio por el fin del hermanamiento gemelar, como los habitantes de Otraparte y del Arca descubrieron. Sin los hermanos gemelos, todas las personas sufrían las mutaciones provocadas por la deflagración. Supuso el fin de los cuerpos intactos que los alfas valoraban por encima de todas las cosas.

Paloma hablaba de los médicos de Otraparte de la misma manera en que muchos hablaban del Consejo, con una mezcla de asombro y de pavor.

—No existe un gobierno central, solo una confederación algo imprecisa de consejos de las distintas islas. Pero todas ellas reciben el tratamiento de los médicos de Aguanegra. La verdad es que creo que incluso la Confederación obedece a los médicos. Ellos atajaron la plaga de los gemelos e impiden su regreso.

—¿Y las máquinas? —preguntó Piper—. ¿Lo Eléctrico?

Paloma negó con la cabeza.

—También hicimos purgas, como vosotros.

Le habíamos hablado sobre el tabú, el miedo que había surgido tras la deflagración, tan cierto como las mutaciones de los cuerpos de los supervivientes. Sabíamos pocas cosas sobre la deflagración, pero una de ellas era que la habían provocado las má-

quinas. Las pocas máquinas que sobrevivieron a la deflagración fueron destruidas en las purgas. Aun ahora, cuatrocientos años después, la gente evitaba con un estremecimiento los restos de las máquinas del Antes.

—En mi hogar lo llaman la Batida —continuó Paloma—. Todas las máquinas que no podían curarnos, o servirnos... esa era la ley. La mayoría desaparecieron con la deflagración o se fueron a pique por la falta de energía. Funcionaban con un combustible que no teníamos. La gente solía extraerlo de pozos excavados en el suelo... Era una especie de aceite. Pero con la deflagración... —Se encogió de hombros y levantó ambas manos al cielo—. Todo lo que podía arder, ardió. Los pozos lo hicieron durante ocho años. Y al norte de Aguanegra hay un yacimiento de carbón que, según cuentan, ardió bajo tierra durante más de cincuenta años. Dicen que no se pudo hacer nada para impedirlo.

—¿Y ahora? —preguntó Piper.

—Ya no quedan muchas máquinas. Las de comunicaciones dejaron de funcionar hace mucho tiempo. Quizá la Confederación no se molestó en mantenerlas en funcionamiento... después de siglos transmitiendo mensajes sin recibir respuesta. Los únicos que tienen máquinas hoy día son los médicos. Trabajan en cosas como esta. —Bajó de nuevo la mirada a su pierna, a la prótesis que partía de la rótula—. Y hacen lo que pueden para combatir las plagas que aparecen casi todos los inviernos.

—¿Cuántas personas hay viviendo en Otraparte? —preguntó Zoe.

—Contando las islas del norte, alrededor de un millón. Es difícil saberlo con exactitud. Como ya he dicho, hay cientos de islas, algunas de ellas a varios días de viaje en barco desde Aguanegra. Y la travesía para llegar a las islas del norte y al archipiélago del sur dura varias semanas.

Tiró ligeramente de la manta que compartíamos y se inclinó para quitarse la prótesis de la pierna, que se desprendió de la rodilla con un chasquido. Llevaba los pantalones remangados y quedó a la vista lo que parecía la punta de un hueso de acero,

en el que iba encajada la prótesis. Esa punta estaba rodeada de cicatrices, pero no tenían nada que ver con las cicatrices de batalla que exhibía Piper en el brazo y en la mano; las de Paloma eran unas estrías limpias y rosadas, tan lisas que yo dudaba que las notara al tacto si las recorría con las yemas de los dedos. Me recordaban a Kip y al astuto truco que utilizaba para esconder las suyas, de tal manera que ni siquiera mis manos las habían descubierto jamás.

Las primeras veces que Paloma se había quitado la pierna dejándola en el suelo, a su lado, la prótesis me había provocado sensaciones encontradas. No era la primera vez que veía extremidades amputadas, y la visión de la pierna allí tirada me evocaba recuerdos estremecedores de la batalla en la isla, o de la nieve sembrada de cuerpos destrozados en las afueras de Nuevo Hobart. Sin embargo, la prótesis tenía un aspecto inmaculado; no había ni rastro de sangre, ni de pelo, ni de uñas en los dedos. Era una superficie lisa y modelada con precisión.

—Puedes tocarla. No me molesta —dijo Paloma al reparar en que estaba mirándola.

Me incliné y la cogí. A primera vista parecía de carne, pero al tocarla noté que estaba fría y dura. También era ligera, más de lo que sería si fuera de carne y hueso.

—¿Te duele? —le pregunté con los ojos fijos en la punta de acero que asomaba por debajo de su rodilla.

—No —respondió—. Me dolió cuando lo pusieron. Fue una operación complicada. Mis padres me llevaron a Aguanegra, donde están los médicos. Sabíamos que entrañaba riesgos. Pero ha valido la pena. Ahora camino con más soltura. La prótesis anterior, que me sujetaba con vendas, sí que me dolía. Solía tener úlceras... —Se tocó el muñón.

Me sentía rara con su pierna en las manos. Pensé que si la arrojaba al fuego Paloma no sentiría nada. El cuerpo de Zach era más una parte de mí que la prótesis lo era de ella.

Esa noche soñé con él. Tenía a Zach de cara frente a mí. Estaba oscuro y apenas se veía, así que tendí la mano hacia su rostro. Deslicé el dedo pulgar por su frente y sentí una quemazón; noté que brotaba una ampolla caliente e hinchada justamente donde yo tenía mi marca. Incluso percibí un olor a carne quemada.

—Duele —dijo, estremeciéndose al contacto de mi dedo.

—Lo sé.

Me desperté con la mano en la frente, sobre la cicatriz arrugada y rosada de la marca omega. Aún recordaba cómo me sentí cuando Zach finalmente me presentó como su gemela omega y observó cómo me marcaban. En mis veintitantos años apenas había aprendido palabras del vocabulario del dolor. El dolor de la quemadura posee una compulsión única; el cuerpo entero se retrae con una sacudida, de la misma manera que un dedo sale disparado hacia atrás al tocar una sartén caliente. Cuando rememoraba el momento de marcarme, revivía la sensación que me produjo la mano del consejero en el cuello, sujetándome mientras apretaba el hierro candente contra mi frente.

Durante todo ese día, mientras viajábamos, no pude sacarme de la cabeza a Zach ni la marca que le había visto en el sueño. Me había parecido tan real que incluso sentía la textura de la ampolla en la yema de los dedos.

—Por lo menos es mejor que tus pesadillas habituales —observó Zoe cuando le conté el sueño—. El hecho de que Zach sea marcado me parece un buen cambio en el fin del mundo.

Me eché a reír, pero sabía que ambas cosas (el rostro marcado de Zach y la deflagración que se proponía provocar) estaban relacionadas.

Cuando Paloma hablaba de Otraparte decía muchas cosas que me resultaban completamente ajenas: la ausencia de gemelos, las islas Dispersas a lo largo y a lo ancho de cientos de kilómetros, los misteriosos médicos y sus remedios... Pero había una cosa que me era muy familiar: la deflagración.

Paloma no la llamaba así; se refería a ella como «la bomba». Pero hablaba de la deflagración de la misma manera que lo hacíamos nosotros, con los mismos silencios, con las mismas pausas donde las palabras se quebraban al borde de las llamas.

—No solo fue el fuego —dijo—. También fue la potencia de la explosión, o eso se cuenta. Islas enteras desaparecieron de un plumazo; la bomba las pulverizó. Mi madre me enseñó una vez un mapa antiguo y en él había islas que ya no existen.

La bomba había convertido el mapa en una leyenda, en una minuciosa descripción de islas que habían dejado de existir, en unos dibujos sobre un papel que no significaban nada en nuestro mundo carbonizado.

—Dicen que luego hubo una ola —continuó relatando Paloma—, tan alta que barrió todas las islas que habían sobrevivido a la bomba. No quedó nada. —Suspiró lentamente—. Imagínalo: sobrevivir a la bomba, creer que ya había pasado lo peor, y encontrarte con que el mar va a arrastrarte.

Hizo una pausa y permaneció en silencio.

—Sin embargo —añadió—, algunas personas sobrevivieron a ambos desastres... al fuego y al agua. No muchas, y durante un gran número de años fue casi imposible salir adelante. No solo por la oscuridad y la falta de comida... Todos los bebés sufrían unas enfermedades atroces. Y en el caso de que sobrevivieran, cuando crecían apenas podían caminar, así que mucho menos cultivar la tierra o pescar. De todos modos, todos los peces habían muerto. Durante meses, después de la bomba y después de la ola, los peces muertos se amontonaron en las playas, putrefactos, o flotaban en la superficie. —Soltó una risotada—. Es curioso, en todas las historias que han llegado hasta nosotros, el hedor de los peces muertos es una de las cosas que siempre se menciona. Una pensaría que después de la bomba y de la ola y de todo lo que había sucedido, eso sería algo secundario, pero se cuenta siempre. El mundo apestó a peces muertos durante meses.

Paloma nos contó que cuando volvieron a ver animales vivos los peces habían cambiado. Les habían salido bultos, o tenían más

aletas, o más ojos. Algunas especies con los cuerpos veteados o plateados antes de la explosión ahora eran de un blanco inmaculado, como si el resplandor del estallido les hubiera arrebatado el color incluso estando en las profundidades de los mares.

Y también en tierra firme. Los niños nacían con cuerpos nuevos, con formas que los padres no reconocían. Los bebés que parecían no haberse formado del todo no sobrevivían. Luego sobrevino lo que Paloma llamaba la plaga de los gemelos: la duplicación, los bebés sanos y sus gemelos devastados por las mutaciones. Los que nacían juntos y morían juntos.

—Al principio, nadie podía creerlo —dijo—. Aunque sabían que era real, nadie comprendía del todo cómo ocurría, a pesar de las investigaciones de los médicos. Pero solo sucedió durante unas pocas generaciones. Luego los médicos encontraron un tratamiento y finalmente cesó; no nacieron más gemelos. —Abrió los brazos—. Fin.

Sonó muy frívolo. Una sola palabra para describir el final de todo lo que nosotros conocíamos.

Entrada la noche nos contamos historias; le hablamos a Paloma sobre los páramos, la extensión de tierra en el este, donde no crecía nada ni había más movimiento que el de los lagartos y el de los remolinos de cenizas. Ella nos habló de un lugar al que llamaba la zona de impacto, situada al sureste de Aguanegra, donde la mayoría de las islas habían desaparecido de la noche a la mañana.

—Y las aves ni siquiera se posan en las pocas que quedan —dijo—. En el archipiélago del sur, más próximo a la zona de impacto, las mutaciones fueron mucho peores que en cualquier otro sitio. Algunas de las personas que viven allí no pueden tener hijos, ni siquiera con las inyecciones.

—¿Alguna vez has estado en la zona de impacto? —preguntó Zoe.

Paloma negó con la cabeza.

—Pero mi padre fondeó una vez allí, cuando formaba parte de una tripulación de cazadores de perros marinos. En el agua no

había peces, solo una capa oleosa que se extendía por la superficie. Mi padre y los demás remaron durante horas hasta que llegaron a la costa, solo para echar un vistazo. Al sur de la isla había un cráter de varios kilómetros de diámetro. Decía que debía de haber sido un lago que se había secado, o el lugar donde había impactado una bomba. El suelo estaba cubierto de arena gris.

»Trajo un puñado de esa arena en un tarro para enseñárnosla. Mi madre dijo que era una asquerosidad y lo obligó a deshacerse de ella antes de que nos asustara a mis hermanas y a mí. Pero durante la noche encontré por casualidad el tarro dentro del cubo de la basura. Y vi un diente en su interior, y unas cosas diminutas que parecían fragmentos de piedras o de dientes.

A pesar de que bajaba la voz cuando nos contaba historias sobre la zona de impacto, de la ola y del fuego, Paloma hablaba de la deflagración como algo que había sucedido hacía mucho tiempo. Habían pasado seis días desde que abandonamos la costa en dirección a Nuevo Hobart, pero nuestras advertencias acerca del Consejo y de la máquina de la deflagración que habían sacado del Arca no parecían haber calado en ella.

—Aún no lo entiende —le dijo Zoe a Piper. Nos habíamos alejado del fuego junto al que descansaba Paloma y hablábamos en susurros—. Ayer lo pidió de nuevo. Todavía no se ha sacado de la cabeza la idea de reunirse con el Consejo.

Zoe puso los ojos en blanco.

—Va lista si quiere regalarles Otraparte.

Llegó un ruido desde el arbusto que crecía detrás de Zoe y esta dio un brinco y giró en redondo con el cuchillo ya en la mano. Piper reaccionó con la misma velocidad y me empujó detrás de un árbol al mismo tiempo que se agachaba al lado de Zoe, cuchillo en mano.

Paloma lanzó un grito mientras salía de entre los árboles con las manos levantadas.

Zoe retrocedió y volvió a guardar el cuchillo en el cinturón.

—Deberías intentar evitar acechar de esa manera —dijo Zoe en voz baja—. No creo que hayas cruzado el mar para acabar atravesada por un cuchillo.

—He oído lo que decíais —dijo Paloma con el mentón alzado y aire desafiante, aunque apretaba los puños con fuerza para detener el temblor de las manos—. No soy idiota.

—Nadie ha dicho que lo seas —repuso Zoe—. Pero tienes que entender con qué te enfrentas.

—No me da miedo el Consejo —insistió Paloma.

—Pues debería dártelo —replicó Piper.

—Dejad que me reúna con ellos —suplicó Paloma—. Si les explico los términos del acuerdo que la Confederación quiere negociar, se darán cuenta de las ventajas que tiene.

—¿Tú nos escuchas? —inquirió Zoe—. El Consejo...

—Soy una emisaria —la interrumpió Paloma—. La Confederación me ha otorgado poderes para ponerme en contacto con ellos, para negociar los términos de un acuerdo de colaboración —dijo hablando de una manera cada vez más atropellada y elevando el volumen de la voz—. ¡Soy una emisaria en una misión de paz!

—Aquí, no, no lo eres —repliqué yo—. Aquí eres el enemigo. Te matarán.

Conocía a Zach desde que nacimos, pero incluso a mí me asustaba en qué se había convertido. Y había visto hasta qué punto temía a la General, la líder del Consejo. Juntos, con la deflagración en su poder, no tendrían piedad con Otraparte. No había lugar para «si», «quizá» o «tal vez» en las llamas que había contemplado en mis visiones. Eran reales, y se nos echaban encima.

No creía que Paloma pudiera ponerse más pálida, pero ahora tenía labios azules y las pecas destacaban en su cara blanca.

Piper dejó caer la daga, se quitó la camisa y la arrojó al suelo junto a la daga.

—Mira —dijo, mostrándole la espalda a Paloma. Estiró su único brazo para señalarse el hombro izquierdo. Allí, sobre la

piel morena que le cubría el omoplato, había una serie de cicatrices horizontales, blanquecinas y rugosas. Yo ya las había visto durante los meses que llevábamos viajando juntos, cuando nos agachábamos para lavarnos en los arroyos, pero Piper tenía tantas cicatrices en el cuerpo que no presté especial atención a esas en particular. Las miré detenidamente ahora, como Paloma; no se parecían en nada a las cicatrices que se le veían en la mano o en el brazo, ni a los cortes y los arañazos de la cara. Se veían pálidas y, a diferencia del tajo irregular que le cruzaba el hombro, eran uniformes, unas líneas paralelas y perfectamente rectas.

—Son de unos latigazos que recibí cuando tenía ocho años —explicó Piper—. Una patrulla llegó a nuestro pueblo. Zoe y yo estábamos jugando a un juego con otros niños y cantábamos una canción: «Jack era fuerte, Jack era valiente...».

Zoe cantó con él el verso siguiente:

—«Partió hacia Otraparte, a través del bravo mar».

—Solo era una canción infantil —continuó Piper—, pero los soldados la oyeron y quisieron dar ejemplo. Por supuesto, me eligieron a mí. Incluso en ese tiempo, tan al este, cuando no era raro estar en la calle hasta tarde, siempre venían para azotar a los omegas. Me dieron diez latigazos.

Vi que Zoe apretaba las dientes al recordar el dolor compartido.

—Solo fue por mencionar Otraparte en una canción infantil —dijo Piper. Recogió la camisa del suelo y volvió a ponérsela, con los ojos fijos en Paloma—. Si encuentran Otraparte, no tendrán piedad. ¿En serio crees que dejarán en paz Otraparte cuando se enteren de lo que son capaces de hacer vuestros medicamentos?

—No tienes ni idea de cómo es el Consejo —intervino Zoe, acercándose a Paloma y hablándole con una dulzura que yo no estaba acostumbrada a oírle—. Da igual lo que hagas o lo que les ofrezcas, verán la existencia de Otraparte como una amenaza.

Zoe tenía razón. Otraparte representaba todo lo que los alfas temían. Había visto la repugnancia que les provocaban nuestras mutaciones, había oído los insultos y sentido los escupitajos en la piel.

Sabía que lucharían con todas sus fuerzas para defender sus cuerpos perfectos. Nos gobernaban porque pensaban que eran mejores que nosotros. Ellos eran perfectos y nosotros una atrocidad, como los reflejos de un espejo deforme. Así lo veían ellos. Para ocultar esa diferencia y preservar su perfección, minaban todo lo que la representaba. Sobre todo ahora que habían descubierto la manera de eliminar los riesgos del fatal vínculo: los omegas eran conservados en los tanques del Consejo, donde durante un tiempo indefinido eran confinados a una existencia inhumana que no podía llamarse vida, hasta que cada alfa había puesto los cimientos de su propia vida.

—Aunque pudiéramos subirte a un barco mañana, aunque Otraparte decidiera no ayudarnos jamás ni compartir la cura con nosotros ni volver a acudir a nosotros —dijo Zoe—, el Consejo seguiría buscándoos. Encontraron el mensaje de Otraparte en el Arca. Saben que Otraparte existe y que posee la tecnología para poner fin al vínculo gemelar. Nosotros te encontramos, así que antes o después también lo harán ellos. Y os destruirán a todos.

Paloma había esperado regresar a casa con noticias, con un mensaje. ¿Qué mensaje podía llevar ahora, aun si consiguiéramos devolverla sana y salva a su hogar? El único mensaje posible era la advertencia de Xander: «Fuego, siempre».

—Aunque tuviéramos un barco apropiado para el viaje —señaló Piper—, no podemos llevarte de vuelta ni avisar a Otraparte hasta que mejore el tiempo... Ya has visto con tus propios ojos las tormentas que nos azotan.

Vi que Paloma apretaba los labios. Ella nunca había hablado de la tormenta que a punto estuvo de hundir la *Rosalind*, pero yo vi los boquetes en el casco y sabía que su compañero emisario de Otraparte había muerto, así como dos marineros de Thomas. Había una razón para que se hubiera tardado tanto en establecer contacto con Otraparte, y no era otra que la inclemencia del mar. La hermana de Zoe, Lucia, también había desaparecido en una tormenta años antes.

—Por no mencionar las placas de hielo que hay más al norte —continuó diciendo, implacable, Piper—. Y los fuertes vientos

primaverales nos entorpecerían la travesía y tendríamos que luchar contra ellos durante todo el viaje. El comienzo del verano brinda las mejores condiciones.

—No podemos obligarte a que te quedes —dije yo—. Ni a que intentes ayudarnos. Si quieres marcharte, haremos todo lo que podamos para protegerte hasta que tengamos un barco preparado. Nadie te reprochará que quieras regresar a tu hogar y olvidar todo lo que has descubierto aquí.

—Aunque quisiera huir —repuso Paloma con la voz quebrada—, eso no cambiaría nada. Cuando avistamos la *Rosalind* íbamos cuarenta en nuestro barco. Caleb y yo éramos los elegidos para hacer de emisarios, pero nuestro capitán y toda su tripulación saben dónde estáis. Thomas les dio las coordenadas. La Confederación enviará naves. —Tragó saliva antes de continuar—. Pasamos dos días amarrados junto a la *Rosalind* mientras su tripulación rellenaba los barriles de agua en el lago situado en el afloramiento rocoso más extenso, y Thomas nos contó cuál era la situación aquí; nos habló de los gemelos, del Consejo, de los omegas... Mi capitán, Rue, y su nave ya habrán regresado e informado a la Confederación.

El mástil de la *Rosalind*, divisado a lo lejos entre las islas deshabitadas e inhóspitas de un cordón litoral. Mapas y palabras intercambiados en una playa de guijarros. Un gesto tan pequeño, capaz de cambiar el mundo. Pero no había marcha atrás.

—Tendrán que esperar hasta que se derritan las placas de hielo para enviar los barcos al sur —prosiguió Paloma—. Pero vendrán, con los vientos primaverales a favor, no en contra. Vendrán. Un barco o una flota. Tal vez cuarenta personas, tal vez centenares. Quizá no lleguen todos, pero ahora que saben lo que hay aquí, no se lo pensarán dos veces.

Que arribaran a nuestras costas naves procedentes de un lugar remoto había sido una fantasía durante demasiado tiempo. Ahora era una pesadilla. Acudirían a nosotros y el fuego arrasaría su mundo.

—¿Por qué estás tan segura? —pregunté.

Paloma bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Vosotros estáis seguros de que podemos ayudaros. Y quizá tengáis razón, porque podemos hacer cosas que vosotros no podéis hacer. Pero también tenemos nuestros problemas. Plagas casi todos los veranos; bandidos que asaltan las islas más lejanas; piratas que abordan los barcos; cosechas que se echan a perder, sobre todo en las inmediaciones de la zona de impacto... —Paloma me miró—. ¿De verdad piensas que hemos estado enviando barcos, un año tras otro, solo porque queremos ayudaros? —Hizo una pausa y añadió en voz baja—: Esperábamos que vosotros tuvierais las respuestas que nos faltan. Necesitamos ayuda.